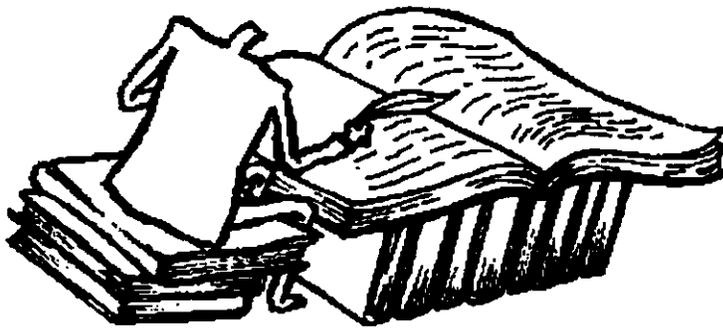


# Narrativa del ECUADOR en el presente siglo

Ramiro Dávila Grijalva\*



Quisiera que mi presentación sea tomada como una simple conversación con los amigos paraguayos y ecuatorianos presentes, sobre mis experiencias y mis lecturas de los relatos ecuatorianos en el siglo que está a punto de terminar.

Creo que el relato ecuatoriano tiene orígenes inmemoriales, pues considero que el género es algo connatural al hombre desde que apareció como tal y sintió la necesidad de fabular para distraerse y en enseñar a mayores y menores. Mis primeros contactos con el relato nacional, como estoy seguro -habrá

(\*) *Ministro de la Embajada del Ecuador en Asunción, Paraguay. Conferencia dictada hace algunos meses en la ciudad paraguaya.*

sucedido con muchos de ustedes y muchos de nosotros- se han realizado a través de los cuentos que nos han narrado nuestras abuelas o en grupos de amigos. En estos cuentos se encuentran elementos de mitos o antiguas leyendas tanto de origen hispano como indígena, como verdaderas creaciones mestizas.

Pero ahora me encontraré con la narrativa ecuatoriana del presente siglo. Para ello me parece conveniente referirme brevemente a las obras de importancia producidas en el siglo pasado que pueden considerarse como valiosos antecedentes de nuestra variada narrativa actual. Me referiré a *Cumandá* de Juan León Mera, distinguido escritor ecuatoriano que trabajó en diversos géneros y realizó importantes investigaciones sobre la cultura nacional, primera novela de importancia en el Ecuador, cuyo argumento conoció por primera vez de labios de mi abuela. La obra más conocida de nuestro romanticismo que conserva su valor por las descripciones que hace de la naturaleza y por tratar a la manera de la época de temas fundamentales para la vida nacional. Luego tenemos el ensayo novelado de Juan Montalvo *Los Capitulos que se le olvidaron a Cervantes* donde imita con gran perfección el lenguaje del Caballero de la Triste Figura y le hace pasar nuevas desventuras en paisajes y frente a problemas americanos. También me parece interesante recordar otros trabajos de Mera y varios de sus descendientes y otros escritores de la costa, en los que relatan con humor o imaginación las costumbres de cada región y época.

El relato ecuatoriano entra propiamente

en este siglo con una novela de corte ya moderno. *A la Costa*, de Luis A. Martínez, que tiene el mérito de pintar con el estilo de nuestros artistas paisajistas del siglo pasado las dos regiones más pobladas del Ecuador, la sierra, la doble cordillera de los Andes con sus nevados y sus hermosos valles cercanos a los tres mil metros, con un clima primaveral durante el año entero, con una vegetación muy variada, y la costa, con sus amplios ríos, sus extensos sembríos, sus zonas selváticas y sus playas. Igualmente permite apreciar a través del viaje que hace el protagonista desde la sierra hacia la costa la vida y costumbres y maneras de ser diferentes de los hombres y mujeres de las dos zonas. Finalmente, a más de su forma de trazar los caracteres de los personajes que no aparecen como marionetas en manos de su autor sino que viven sus propios destinos, por primera vez habla de los conflictos históricos y de los problemas de la clase media, a veces en forma crítica, constituyéndose en este sentido en el precursor del realismo social y otras vertientes que aparecieron en torno a los años 30, como más adelante explico.

Luego de esta obra pionera se escribieron algunas novelas de gran importancia por su estilo, bajo la influencia del modernismo, como *Eglóga Trágica*, de Gonzalo Zaldumbide, en la que se encuentran las mejores descripciones de la sierra ecuatoriana y donde se trata, con un argumento todavía con rezagos del romanticismo, de forma idealizada las relaciones y los problemas entre sexos, clases y culturas. Vale la pena mencionar la novela de M.A. Corral, *Las Cosechas* por haber merecido un premio con la venia de los

prohombres del modernismo Dario y Neruo.

En la generalidad de los países latinoamericanos los años treinta o los últimos de la década anterior fueron propicios al apareamiento de las vanguardias artísticas, no solamente en literatura, sino también en pintura y aún en música con rasgos muy originales y más liberados de las influencias o imitaciones de las culturas de otros continentes. En el Ecuador esa vanguardia se manifestó en dos vertientes con aspectos comunes en cuanto al deseo de ruptura con algunas tradiciones y de independencia frente a lo foráneo. La primera se conformó con los grandes líricos que partiendo de esas bases lograron su propia originalidad. La segunda se circunscribió más bien a la narrativa dando lugar a la llamada novela social de la costa y a la novela indigenista de la sierra. Mencionaré también casos excepcionales de narradores que parecerían haber hallado sus rasgos más originales en la primera de las vertientes y que se aproximan más a las formas y contornos que después de los años sesenta han dado a América latina quizá el primer lugar en el mundo de la novela y el cuento, por el número, calidad y originalidad de sus escritores.

La novela social siguiendo la ruta abierta por *A la Costa*, ya citada, se reúne en torno al llamado Grupo de Guayaquil, cuyo común denominador es la pintura del montubio, el campesino del trópico, mostrando en toda su rudeza, envuelto como dice un crítico nacional "en violencia, sexo muerte, fatalidad y oscuras reivindicaciones". El grupo de escritores amigos, "cinco como un puño" decían ellos, tuvo el anhelo de mostrar con crudeza

la realidad utilizando inclusive los modismos del lenguaje popular. Pero cada uno tuvo su originalidad, sus rasgos propios, y su insistencia en diversos aspectos de una misma realidad.

Joaquín Gallegos Lara tiende más hacia la novela socialmente comprometida y reivindicatoria de tendencias claramente definidas en su literatura y en sus actuaciones.

Demetrio Aguilera Malta se acerca más al realismo mágico por la pintura de sociedades aisladas, patriarcales y de tendencias animistas que le aproximan al posterior y exitoso realismo mágico. *Don Goyo* y *La Isla Virgen* son las muestras más decidoras de ello y se completan con *Siete Lunas* y *Siete Serpientes*, obra en la que la magia de su realismo se vuelve libre y directa logrando su propia originalidad a pesar de los avasalladores antecedentes.

José de la Cuadra logró la mayor fuerza y perfección en el estilo y estructura de este tipo de cuento. Lo aproximaría en algunos rasgos a Horacio Quiroga. También en su novela *Los Sangurimas* parece intuir los mejores momentos de la serie macondiana.

Enrique Gil Gilbert nos dejó su mejor legado en *Nuestro Pan*, novela épico-lírica de los trabajadores en su ardua labor del cultivo del arroz, alimento fundamental en todas las regiones de Ecuador.

Alfredo Pareja se dirigió más bien a las ciudades, primero de la costa, donde pinta con fuertes rasgos personajes del pueblo de Guayaquil o navegantes como en *Baldomeira* o *La Beldaca*, respectivamente, para luego aproximarse a la capital, a Quito, y complementar sus investigaciones de destacado his-

torizador con indagaciones profundas acerca de la evolución histórica del país a través de una serie en cinco partes, *Los Nuevos Años*, que nos hacen vivir esas circunstancias desde los años 30 casi hasta nuestros días.

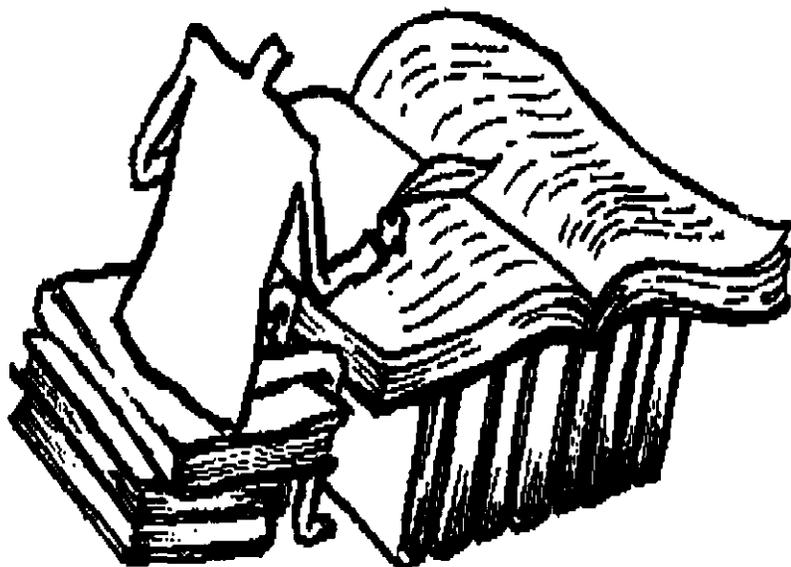
El realismo social en la Sierra dio origen a la novela indigenista, región donde la población nativa es más numerosa. La primera incursión en el género la hizo F. Chávez en *Plata y Bronce*, pero la obra que cobró mayor fama por la fuerza de la denuncia y su pintura tremendista de la situación fue *Huasinpungo* de Jorge Icaza. El género ha tenido diversos continuadores pero su mejor expresión en años más recientes fue *Porqué se fueron las Garzas* de Gustavo A. Jácome donde se narran otros episodios de la historia indígena con temas diferentes como la aculturación de los grupos y los problemas que este fenómeno genera. Además de los problemas del campo, Icaza también se ocupó en sus últimos años del hombre común de la ciudad, "del laberinto de la soledad" del mestizo ecuatoriano de origen indígena y blanco, en obras como *El Chulla Romero y Flores* y en su última obra *Atrapados*.

Un caso extraordinario fue el de Pablo Palacio que con una obra compuesta por un libro de relatos y dos novelas presentó la realidad de la ciudad con realismo "subjetivo" o "abierto" como se ha querido calificar a su modo de escritura para darle algún nombre. En mi concepto este escritor se acerca a la realidad con una técnica puntillista, donde los más pequeños acontecimientos se convierten en los más trascendentales para la vida humana, la cual no resulta sino de una larga serie de ellos. Esta técnica le permite

tanto en sus cuentos como en sus mínimas novelas ahondar con penetrante lucidez en una realidad que mostró hallarse en una época crítica como los hechos y la novelística de Pareja parecen mostrarnos. A pesar de lo especial de este escritor no fue una isla pues los elementos inconscientes se hallan también en los mitos de los otros escritores y en los poetas líricos, y existen otros autores de la época como Humberto Salvador, quien en *En la ciudad he perdido una novela* utiliza también técnicas y modos de expresión diferentes a la pura novela social: presenta personajes en busca de autor que no logran encontrar una verdadera trama y ni siquiera un autor, a la manera pirandelliana. En otras obras posteriores este escritor osciló entre un realismo a la manera socialista o un psicologismo no siempre exitoso, al decir de algunos críticos, bajo la inspiración de Freud.

El relato social tuvo sus herederos en distinguidos escritores de la costa y la sierra, como Angel F. Rojas, Pedro J. Vera, Eduardo Mora Moreno, Adalberto Ortiz o Nelson Estupiñán Bass que han ensayado el realismo social en personajes de sus respectivas regiones.

A partir de los años cincuenta y quizá unos años antes se da el proceso que algún crítico ha llamado "interiorización del relato", en cuanto a que se pasa de la descripción tal vez lineal y más de superficie, no superficial, de personajes y situaciones a ahondar cada vez más en las razones y sentimientos más profundos de los personajes. En este sentido los aportes de Alejandro Carrión y César Dávila Andrade, en especial de este último, deben considerarse fundamentales. En el primer caso, con la desgarrada



dora presentación de su personaje en *La Espina* o la humorística y desenfadado de algunos de sus cuentos. En el segundo con la transposición de su fuerza poética metafísica, telúrica y social a sus pequeños pero densos, a veces grandiosos pero tiernos relatos. Llama la atención su tratamiento no solo de las tragedias que pueden originarse en lo social sino en lo psicológico o lo telúrico en las cuales no predomina ni el tono de denuncia ni la voz airada sino el llamado al sentido de la compasión que quisiera mover su mano en auxilio de cada personaje.

En los años 60 el movimiento de interiorización se acentúa con escritores como Alicia Yáñez en cuya obra a mi manera de ver la más lograda, *Más allá de las islas*, compuesta de pequeños relatos que se integran en uno mayor, se consagra como una de las figuras más importantes de la literatura femenina ecuatoriana, emparentada con latinoamericanas como Isabel Allende u Olga Orosco.

Ernesto Albán Gómez, quizá bajo la inspiración de escritores como Chejov se acerca también con su pensamiento a los pequeños conflictos que conmueven a personajes de la clase media, la nueva protagonista de la his-

torización se acentúa con escritores como Alicia Yáñez en cuya obra a mi manera de ver la más lograda, *Más allá de las islas*, compuesta de pequeños relatos que se integran en uno mayor, se consagra como una de las figuras más importantes de la literatura femenina ecuatoriana, emparentada con latinoamericanas como Isabel Allende u Olga Orosco.

toria contemporánea.

En esos años, como en las generaciones anteriores, las vanguardias se manifiestan a través de revistas en las que procuran dar a conocer con ímpetu juvenil los cambios que esperan lograr en la sociedad o en el arte. Algunos piensan que es necesario reiniciar la corriente social convirtiendo a la literatura social en cartel. Felizmente en su madurez la mayoría de los escritores tomaron un camino de mayor reflexión y lograron obras duraderas como las de Tinajero, Pérez Torres, Ubidia, Francisco Proaño, Vladimiro Rivas, Javier Ponce, Javier Vásconez, Jorge Velasco M., Eliécer Cárdenas y Jorge Dávila Vásquez. De ellos sólo hablaré de manera general: se caracterizan en su temática por el examen de la vida citadina en todos sus rincones, quizá con preeminencia de los más pobres, pero no en todos los casos, en algunos con óptica similar a la de la novela social; la utilización de técnicas novedosas, estilos próximos al cine o inspirados en las técnicas de los narradores de este siglo, pero no en forma arbitraria ni meramente imitativa, sino al servicio de la creación de nuevos ambientes, formas distintas de ver a los personajes, pasando del relato realista de forma lineal a otros vericuetos estilísticos y psicológicos que nos hacen sentir lo real maravilloso de la vida o los sueños cotidianos. Quizá han habido algunas obsesiones fundamentales: el fracaso de los movimientos sociales revolucionarios y el papel del arte y la literatura

frente a la vida y fundamentalmente frente al cambio.

Por último quisiera llamar la atención del público hacia, no propiamente sobre el género, sino sobre una excepción casi generalizada en todas las literaturas, la de los poetas que entran en la novela con diversa suerte.

En el Ecuador hemos tenido dos casos excepcionales. El primero de Francisco Tobar García, inicialmente dramaturgo y lírico de la mayor importancia para nuestras letras, en ambos géneros literarios. El segundo, Jorge Enrique Adoum, quizá el lírico más destacado en la actualidad. El uno, con desbordes de original poesía metafísica, y el otro, con la más fuerte y original poesía social, iniciada bajo la égida de Pablo Neruda, pero con personalidad propia, fuerte, y vertida hacia los problemas propios del país. Tobar escribe una controvertida novela en un arriesgado género, con personajes reales que el público advertido puede reconocer, como sucede en *Pares o Nones* en las que, acentúa la crítica de su teatro a la sociedad más tradicional del país. Adoum en cambio se ocupa del proceso artístico en relación con el social en una novela cuyo título sorprendente puede dar una idea de su temática al lector: *Entre Marx y una mujer desnuda*.

También podría citar otros líricos como F. Samaniego o Javier Ponce que han llegado al relato y han sabido hacerlo con profundidad, técnica y amenidad para el lector.